

APUNTES SOBRE LA ANTHROPOLOGÍA KANTIANA

Eliam Campos Barrantes

Apuntes sobre la antropología kantiana

Abstract. *In this paper are expounded some aspects generally less disseminated of I. Kant's personality and doctrine, particularly his relationship to psychology and to anthropology, as well as his theory on mental illness.*

Resumen. *En el presente artículo se exponen algunos aspectos, por lo general menos difundidos, de la personalidad y de la doctrina de I. Kant, en particular su relación con la psicología y la antropología, así como su teoría sobre las enfermedades mentales.*

Notas introductorias

Cuando se piensa en Kant, se le asocia inmediatamente, por lo general, con la epistemología, con la ética, con el intelectual puro, el pensador perenne y profundo, el pietista y riguroso moralista; se le atribuyen, además, cualidades de metódico, aburrido, incapaz de disfrutar la vida, huraño, ensimismado, y otras características similares. Algunas de esas cosas era, sin duda, Kant. Otras no. Tenía, en todo caso, otras condiciones personales que comúnmente no se le atribuyen. Se le asocia también con la epistemología y con la ética, no con la antropología ni la psicología. Nos proponemos aquí referirnos, aunque sea de manera muy sucinta, a otros aspectos por lo general menos conocidos de la personalidad y del pensamiento de Kant.¹

Kant mundano

Los biógrafos Borowski, Jachmann y Wasiński², quienes además de contemporáneos de

Kant fueron ya sea estudiantes o colaboradores y, en los tres casos, amigos de Kant, nos ofrecen suficiente información, fidedigna y confiable, sobre el carácter, el comportamiento y la vida diaria de Kant que nos permiten conocerlo como "ciudadano del mundo". Señalamos aquí solamente algunos aspectos. Como es sabido, Kant recibió desde su infancia una educación muy estricta dentro del *pietismo*. Este hecho se ha considerado suficiente para explicar la rigurosidad de su doctrina así como la supuesta falta de alegría de su vida cotidiana; sin embargo, no tuvo nunca restricciones o limitaciones de tipo religioso, ni hay en sus escritos ni en su vida rastro alguno de misticismo. Amaba la convivencia y el trato social, la vida era su principal escuela y para la vida utilizó también su saber³. Aunque, como es sabido, nunca contrajo matrimonio, lo aconsejaba a sus amigos e incluso hacía planes matrimoniales para ellos⁴; a él personalmente se le conocieron al menos dos mujeres que "conquistaron su inclinación y su corazón"; Jachmann por su parte afirma que puede asegurar casi con total certeza que Kant, a juzgar por su temperamento, en su juventud debe "haber amado"⁵; tenía un gran sentido para el chiste y el humor, vivía alegre y combinaba a la perfección la capacidad de la más abstracta especulación con las más sencillas ocupaciones de la vida diaria; daba una enorme importancia al cultivo de la amistad y la disfrutaba; fumaba, poco pero con gran placer, bebía vino y es proverbial su disfrute de la buena comida, todo lo cual incorporó a sus consideraciones antropológicas, como se verá más adelante⁶.

Kant en la historia de la antropología y de la psicología

Es seguro que la antropología y la psicología, ciencias que se desarrollaron como tales después de Kant, han profundizado, ampliado y rigORIZADO el conocimiento de los fenómenos que Kant describe en los escritos que vamos a analizar. También otras disciplinas, impensables en tiempos de Kant, como el estudio de género, han aportado conocimientos que plantean desde otras perspectivas la caracterización del hombre y de la mujer que encontramos en Kant. Pero es de interés, no solo histórico, estudiar esta parte de la filosofía kantiana, ya que el autor señala en su tiempo elementos que las mencionadas ciencias siguen reconociendo como fundamentales en el comportamiento humano. Nos muestra, además, la capacidad extraordinaria de Kant para captar las sutiles, a veces sutilísimas, diferencias entre distintos estados de ánimo y trastornos de las facultades humanas.

El antropólogo P. Mercier afirma⁷ que la antropología como ciencia se inicia propiamente a partir de mediados del siglo XIX, y antes de esa fecha tenemos lo que él denomina más bien la "prehistoria" de la antropología; señala al mismo tiempo que es necesario reconocer que también filósofos, psicólogos, sociólogos, historiadores y muchos otros han aportado, desde siglos atrás, a lo que hoy día es la ciencia antropológica. Las reflexiones kantianas se ubican entonces en la "prehistoria" de la antropología, específicamente en el período de la Ilustración, tan rico en muchos aspectos para el desarrollo futuro del pensamiento humano. M. Harris señala⁸ expresamente a este respecto: "El desarrollo de la teoría antropológica comenzó en aquella época venerable de la cultura occidental que se llama la Ilustración, un período que coincide aproximadamente con los cien años que van desde la publicación de *An essay concerning human understanding*, de John Locke (1690), hasta el estallido de la Revolución francesa". Kant, obviamente, no es incluido en las Historias de la Antropología como un antropólogo, pero sí son consideradas sus teorías en relación con el pensamiento, el conocimiento, la evolución orgánica y las doctrinas raciales, como

antecedentes y aportes importantes a la doctrina antropológica⁹.

Lo mismo sucede en el campo de la psicología. Así, por ejemplo, R. E. Brennan en su *Historia de la psicología, según la visión tomista*, a pesar de que ataca duramente a Kant (porque niega la posibilidad del conocimiento de las sustancias) y de que parece no entenderlo (¡lo considera "subjetivista" epistemológico al mismo tiempo que precursor tanto del idealismo como del materialismo!), dice: "Aunque Kant consideró el conocer, el sentir y el querer más como estados que como facultades, es evidente que la división moderna de los fenómenos mentales en conocimiento, apetito e intención se deriva de la psicología kantiana"; y más adelante: "Es innegable la influencia de Kant en el desarrollo de la psicología moderna. Sus principios son como la fuente de donde fluyen las aguas de las modernas tendencias idealistas, agnósticas y materialistas de la ciencia psicológica"¹⁰. G. S. Brett, por su parte, hace notar el aporte de la filosofía en general y de Kant en particular a la psicología que, como ciencia, se desarrollaría posteriormente. Para él incluso la historia de la psicología comienza con la especulación presocrática, el pensamiento de los que él llama "cosmólogos griegos" o "filósofos físicos": "Las teorías de Heráclito y Empédocles anticipan a una escala cósmica el conflicto entre el amor y el odio, que se particulariza en la teoría freudiana de la ambivalencia; y la aplicación de las técnicas matemáticas a la naturaleza se remonta a los pitagóricos. La importancia de los cosmólogos griegos estriba en que se liberaron de las tradiciones religiosas aceptadas y produjeron lo que ellos consideraron que eran mejores relatos acerca del origen y la substancia del mundo. Eran especuladores. Pero en la ciencia son preferibles las especulaciones, aunque luego se demuestre su falsedad, a que jamás se haya especulado"¹¹. En lo que a Kant específicamente se refiere, dice Brett que la obra kantiana "pertenece, por su ubicación temporal, al último cuarto del siglo dieciocho; por su significación e influencia, pertenece al siglo diecinueve y al veinte"¹² y, al mismo tiempo que pone de manifiesto las "limitaciones" de la psicología kantiana, resalta sus aportes y su gran influencia en el desarrollo posterior de esta disciplina.

El sentido “pragmático” de la antropología kantiana

La antropología como ciencia sistemática del hombre¹³, puede serlo, dice Kant, en sentido *fisiológico*, en este caso describe lo que *la naturaleza* ha hecho en *el hombre*; o en un sentido *pragmático* que investiga lo que *el hombre* como ser libre hace, puede o debe hacer *de él mismo*. Él califica su teoría antropológica de “pragmática”, con lo cual la diferencia en su mismo punto de partida de otras concepciones antropológicas. No significa ello, obviamente, que Kant tenga una concepción distinta de lo que pueda ser el hombre como ser natural, sino que con el calificativo “pragmático” quiere dar a entender más bien el punto de vista desde el cual enfoca al hombre en su antropología. *Pragmático* significa propiamente “perteneciente al bienestar” (*zur Wohlfahrt gehörig*)¹⁴, lo que lleva al hombre a sentirse bien. Así, las leyes de la conducta humana, como comportamiento libre, son pragmáticas en cuanto se refieren a los medios para lograr los fines que nos recomiendan los sentidos y que, por lo tanto, no son leyes puras a priori¹⁵; las leyes pragmáticas son imperativos hipotéticos que se refieren a medios con miras a la consecución de fines, en especial la felicidad. El conocimiento del mundo, obtenido por medio de la geografía física y la antropología, es pragmático en cuanto sirve para hacer a las demás ciencias y a las artes (*Geschicklichkeiten*) útiles no solo para la escuela, sino también para la vida¹⁶. Una norma pragmática es una regla de prudencia (*Klugheitsregel*), con miras a alcanzar la felicidad¹⁷. La antropología en sentido pragmático es, por lo tanto, también *conocimiento del mundo* (*Weltkenntnis*) y, más específicamente, del hombre como *ciudadano del mundo* (*Weltbürger*). En la antropología pragmática “se intenta conocer el hombre desde el punto de vista de aquello que se puede hacer de él”¹⁸. Por eso al conocimiento de las razas humanas, en cuanto son producto del juego de las fuerzas de la naturaleza, no lo considera Kant conocimiento pragmático sino teórico del mundo. La *Antropología en sentido pragmático* tiene dos partes: 1. La *didáctica antropológica* (dedicada al estudio de la facultad de conocer —*Erkenntnis-*

vermögen—, a los sentimientos de placer y desplacer —*Gefühl der Lust und Unlust*— y a los apetitos humanos —*Begehrungsvermögen*—). 2. La *característica antropológica* (sobre el carácter de la persona, del sexo, del pueblo, de la raza y de la especie).

Algunos aspectos de interés en la antropología kantiana

Son muchos y de muy diversa índole los aspectos que aborda Kant en los escritos que hemos mencionado. Por limitaciones de espacio, aquí sólo consideraremos algunos de esos temas, procurando una “muestra” variada de ellos.

Sobre el egoísmo. Egoísmo, dice Kant, es sinónimo de arrogancia (*Anmassung*), y esta puede ser de tres clases: del entendimiento, del gusto y del interés práctico; la primera la denomina egoísmo lógico, la segunda egoísmo estético y la última egoísmo práctico. Quien padece el egoísmo *lógico* considera innecesario confrontar sus juicios con los de los demás, con lo cual queda expuesto a toda clase de errores, ya que esa confrontación es la piedra de toque (*criterium veritatis externum*) para contrastar la rectitud de nuestros juicios. Igualmente sucede con el egoísta *estético*, que es aquel que se basta con su propio gusto (*Geschmack*) en el campo estético. Al aislarse en su arrogancia, es él quien pierde, ya que se priva de progresar y mejorar mediante los criterios de los otros. Por último tenemos el egoísta *moral*, que es “aquel que reduce todos los fines a sí mismo, que no ve más provecho (*Nutzen*) que el que hay en lo que le aprovecha a él, y que incluso como eudemonista pone meramente en el provecho y en la propia felicidad, no en la idea del deber (*Pflichtvorstellung*), el supremo fundamento determinante de su voluntad”. El único remedio efectivo para combatir los egoísmos es el mismo con el que se combate la arrogancia, a saber “el pluralismo, esto es, aquel modo de pensar que consiste en no considerarse ni conducirse como encerrando en el propio yo el mundo entero, sino como un simple (*blossen*) ciudadano del mundo”¹⁹.

Apología de la sensibilidad. La historia del pensamiento es, como sabemos, en buena medida predominantemente racionalista. En ella los sentidos han sido considerados no solo como dispensables, sino incluso como obstáculos para el conocimiento. Rendimos culto al entendimiento; en cambio la sensibilidad, dice Kant, tiene “mala fama” (*übler Ruf*). Los sentidos, se dice, someten y engañan al entendimiento, y nos confunden. Kant hace una, a nuestro juicio, hermosa y valiente defensa de la sensibilidad; defensa que emprende no como un “panegirista” de ella, sino más bien como un “abogado que expone argumentos”.

Los sentidos no confunden. Ellos se limitan a lo que les corresponde: a aprehender la multiplicidad que les es dada en las percepciones y que constituye el material que el entendimiento debe ordenar para que se produzca el conocimiento. En la medida en que ellos solo han *aprehendido* (*aufgefasst*) y no han *ordenado*, no pueden confundir. El conocimiento —todo conocimiento— es el producto de la elaboración que efectúa el entendimiento del contenido de las percepciones de los sentidos. Esa labor del entendimiento consiste precisamente en *ordenar* las percepciones sensibles, y él sí puede confundir. Por lo demás, la sensibilidad le ofrece al entendimiento un material tan “rico en contenido (*reichhaltigen Stoff*)”, dice Kant, que comparados con él “los conceptos abstractos del entendimiento frecuentemente son sólo relucientes miserias (*schimmernde Armseligkeiten*)”²⁰.

Los sentidos no mandan sobre el entendimiento. Los sentidos no pueden suplantar al entendimiento en sus funciones, solamente se ofrecen al entendimiento para que él disponga de ellos. Es cierto que hay juicios que “no comparecen *formalmente* ante el tribunal del entendimiento”, pero aún en esos casos se trata más bien de ocurrencias o juicios prácticos que hace el entendimiento a partir de oscuras (*dunkelen*) consideraciones, y que no proceden de los sentidos.

Los sentidos no engañan. Este reproche que se hace a los sentidos, de que nos engañan, es el más importante y al mismo tiempo el más nulo (*nichtig*), y ello por una razón muy sencilla: “no porque los sentidos juzguen siempre rectamente, sino porque ellos no juzgan nunca”. El error solo

está en el juicio, no en las percepciones, y es culpa, por lo tanto, solo del entendimiento que juzga. Ciertamente no siempre coincide lo objetivo con lo que el hombre subjetivamente percibe, pero el juicio que se emita al respecto es siempre del entendimiento. Los conceptos encierran lo universal de las representaciones de los objetos, y las intuiciones sensibles solo lo particular; por eso se llama al entendimiento la facultad *superior* del conocimiento, y a la sensibilidad la facultad *inferior*. Puede incluso afirmarse que el entendimiento es más *eminente* que la sensibilidad, siempre que no se entienda ello en sentido jerárquico, ya que más pueden los sentidos sin el entendimiento —como lo demuestran los animales que sin entendimiento pueden salir del paso en caso necesario— que el entendimiento sin aquellos; así como también puede decirse que más necesita un gobernante del pueblo que este de aquel²¹.

Sobre los cinco sentidos. A propósito de la sensibilidad, queremos agregar algunas consideraciones que hace Kant en torno a los cinco sentidos²², las cuales nos parecen de interés por diversas razones. Kant establece una subdivisión de los sentidos en *objetivos* y *subjetivos*. Los primeros se refieren más al *conocimiento* del objeto externo que a la conciencia del sujeto, y son el *tacto*, la *vista* y el *oído*.

Sentidos subjetivos son aquellos en los que predomina el *goce* del objeto externo en la conciencia subjetiva, antes que el conocimiento del objeto, y son el *gusto* y el *olfato*.

En lo que al *tacto* se refiere, dice Kant que este reside solamente en las yemas de los dedos, y afirma que “la naturaleza parece haber adjudicado solo al hombre este órgano”²³, para hacerse un concepto de la forma de los objetos; por el contrario, los tentáculos de los insectos solo anuncian la presencia del objeto, no su forma. Lo considera el más grosero (*der gröbsste*) de los sentidos, pero al mismo tiempo el más importante y seguro porque nos da una “percepción externa *inmediata*” de los objetos, a diferencia de los otros órganos. Así, por ejemplo, el *oído* que solo nos permite la percepción de los objetos mediatizada por el aire; sin embargo, el oído, gracias al cual disfrutamos el “lenguaje de meras sensaciones”

que es la música, nos permite un goce social “que no se aminora porque en él tomen parte muchos”. También la *vista* es un sentido de percepción mediata; en este caso los objetos percibidos están mediatizados por la luz. Es el más noble (*der edelste*) de los sentidos porque es el que más se aleja del tacto, y permite percepciones puras, es decir, representaciones inmediatas del objeto, sin mezcla de sensación. El sentido subjetivo del *olfato*, era el más despreciado por nuestro autor. Kant lo consideraba un sentido “impertinente” porque obligaba a su dueño a percibir toda clase de olores aunque no lo deseara, lo cual no sucede con los otros órganos²⁴. Es también el más “desagradecido”, ya que no compensa el esfuerzo de refinarlo porque estamos expuestos a oler más objetos desagradables que agradables, y el más “superfluo” porque, si es que causa placer, el mismo es muy pasajero. Por el contrario, en lo que al *gusto* atañe, es, si se quiere, el sentido predilecto de Kant, debido a que él pasó muchos momentos felices en su vida disfrutando de la bebida y la comida “en buena compañía”. Es tal su entusiasmo con el gusto sensible, que lo relaciona, incluso, íntimamente con el gusto estético y hasta con la sabiduría²⁵. Debe ser, lo cual podemos considerar obvio en Kant, un disfrute sin exceso, ya que por ejemplo el beber demasiado denigra y embrutece al hombre, mientras que el hacerlo con moderación “desata la lengua” de una manera positiva, y contribuye a liberar al hombre de sus cargas y hablar con franqueza, lo cual es una cualidad moral. Kant distingue, además, una “embriaguez muda” que es aquella que obstaculiza la comunicación social y el intercambio de pensamientos, “tiene de suyo algo de afrentoso” y es producida por el opio y el aguardiente. Atribuía al vino y a la cerveza, por el contrario, la cualidad de producir la “embriaguez sociable” que, siempre con moderación, contribuye a la alegría y la comunicación entre las personas. De estas dos bebidas estimaba que el vino es más excitante y la cerveza es más nutritiva; y se diferencian también en el tipo de embriaguez que provocan, ya que las de cerveza son “más soñadoramente herméticas, frecuentemente también groseras”, mientras que las de vino son “alegres, ruidosas y de chistosa locuacidad”²⁶. Una buena co-

mida en grata compañía, costumbre que según sus biógrafos practicaba Kant casi diariamente, es “el acto del bien vivir que mejor parece concordar con la verdadera humanidad”. Debe participar en ella un número no inferior al de las Gracias ni mayor al de las Musas²⁷, sin contar al anfitrión, para que se propicie la mayor y mejor comunicación. Conviene, además, seguir ciertas pautas que favorezcan dicha comunicación, las cuales, según Kant, son las siguientes: La conversación debería pasar por tres etapas: 1. *contar* las novedades del día, primero las nacionales y luego las extranjeras; 2. *argüir* en torno a ellas, lo cual “excita el apetito para fuentes y botellas”; 3. *bromear* con ingenio y entre risas, “las cuales, cuando son francas y cordiales, las ha destinado la naturaleza a que con el movimiento del diafragma y del intestino favorezcan muy especialmente al estómago en su digestión y al bienestar corporal”. Las reglas de un banquete servido con gusto y que *anime* a los reunidos son: 1. la elección de una materia de conversación que interese a todos y dé siempre a alguien la ocasión de añadir algo adecuado; 2. no hacer surgir un silencio mortal, sino solo pausas momentáneas en la conversación; 3. no cambiar sin necesidad el tema, ni saltar de una materia a otra; 4. no dejar que surja ni que dure un *espíritu de contradicción* ni en sí ni en los miembros de la reunión; 5. a pesar de que se trata más de un juego que de una ocupación, es inevitable que surjan las discusiones serias, por lo cual es necesario mantener las emociones disciplinadas, de manera que siempre resalte una recíproca consideración y benevolencia entre todos los presentes. Sentarse a compartir una comida conlleva entre los participantes una especie de contrato tácito de confianza mutua, de discreción y fidelidad; no debe comentarse fuera de la reunión ningún asunto que pueda poner en situación incómoda a alguno que fue compañero de mesa, ya que eso aniquilaría la confianza, con lo cual se pierde también el deleite de gozar en sociedad. Así como amaba Kant estos convivios, así despreciaba los grandes banquetes en los que hay “orgía y atiborramiento”; estos festines, dice, carecen de todo gusto, y si en ellos, además, hay música, los considera “el absurdo más falto de gusto que la glotonería ha podido inventar nunca”²⁸.

Sobre las enfermedades mentales

Para la exposición de este tema, tomamos en consideración los dos escritos en los que Kant se refiere a él, a saber, la *Antropología en sentido pragmático* y *Versuch über die Krankheiten des Kopfes*, en especial este último por contener una clasificación y un análisis más detallado.

La naturaleza, dice Kant, no hace charlatanes, locos ni impostores. Al contrario, ella, como sencilla y sobria que es, ha dotado al hombre de conceptos comunes y de honradez en su corazón; sin embargo, lo artificioso de la sociedad civil altera tales estados naturales y produce toda clase de trastornos en sus miembros. Además, entre los trastornos de la razón y los de la voluntad, los hombres prefieren los de la voluntad, porque les preocupa más ser tenidos por tontos que por sinvergüenzas; aunque en realidad eso es lo que corresponde cuando se trata de ser antinaturales, en lo cual la maña es una necesidad y la honradez, por el contrario, un estorbo.

En su escrito *Versuch über die Krankheiten des Kopfes* analiza tales trastornos, no con el propósito, dice, de proporcionar remedios; solo pretende que se le reconozca la suficiente sensatez para describirlas. Para ello elabora una pequeña “onomástica” de tales quebrantos de la cabeza y del corazón, describiendo los extremos y los grados intermedios.

Grados extremos de enfermedades mentales

Los extremos de los quebrantos mentales están constituidos, según Kant, por el entumecimiento (*Lähmung*) de la capacidad mental que es lo que se da en el que padece de *idiotéz* o *cretinismo* (*Blödsinnigkeit*), hasta el arrobamiento o embeleso (*Verzückung*) que se produce en quien padece la *locura frenética* (*Tollheit*)²⁹. Estos trastornos no son objeto de burla, sino más bien de compasión, e incluso la sociedad dispone la creación de instituciones para atenderlos. La *idiotéz* en un extremo, es una debilidad o impotencia (*Ohnmacht*) de la memoria, de la razón e incluso, frecuentemente, de la sensibilidad. Es por lo ge-

neral incurable, y quien la padece no sale nunca de la niñez³⁰. La *idiotéz* es “la completa debilidad de la mente, que ni siquiera basta al uso animal de la fuerza vital... o ni siquiera a la mera imitación mecánica de acciones externas posibles a los animales... y no puede calificarse de enfermedad del alma, sino más bien de falta de alma (*Seelenlosigkeit*)”³¹. La *locura frenética* (*Tollheit*), en el otro extremo, es un estado en el que se unen la furia (*Tobsucht*), propia de la impetuosidad de un trastornado, con la amencia (*Unsinnigkeit*)³². La *locura frenética*, junto con otras dolencias, la atribuye Kant a un trastorno de la razón —no de los conceptos de la experiencia, ni del juicio en relación con la experiencia— para emitir juicios más generales que solo los de la experiencia. Es un estado de arrobamiento o embeleso, en el que el paciente está fuera de sí. En los locos frenéticos está enferma la razón, por lo que es no solo insensato (*töricht*) tratar de racionalizar con ellos, sino también altamente perjudicial (*höchstschädlich*), porque con ello solo se conseguiría aumentar sus disparates e incongruencias. Es necesario más bien tratarlos con bondad, y hacer como si no notáramos que algo les falta en su entendimiento.

Grados intermedios de enfermedades mentales, que son motivo de burla o desprecio

El grado menor corresponde a una persona a la que se llama obtusa o cabeza chata (*stumpfe Kopf*). No carece de ninguna manera de inteligencia, sino más bien de chispa o picardía. Carece de ingenio pero puede poseer al mismo tiempo muy buen entendimiento; solo le falta capacidad para captar con rapidez las cosas y expresarlas igualmente con presteza; a diferencia del *estúpido* (*dummkopf*) que carece tanto de ingenio como de entendimiento. El estúpido “no puede ser empleado en ningún asunto, porque no posee juicio”. La ignorancia no es estupidez, como no lo es tampoco la honradez: quien es honrado (*ehrlich*) no es nunca estúpido, porque la honradez es razón práctica³³. La falta de picardía en el trato con las personas, y no con las cosas, no es propiamente chatedad, sino más bien *ingenuidad*

(*Einfalt*). Quien es ingenuo y tiene, además, alguna deficiencia en la capacidad de juzgar, pasa a ser un *bobo* (*Einfaltspinsel*) o, como se dice en expresiones populares con un cierto tono de burla, “es un buen hombre” o “es una buena persona”.

Otro de los grados intermedios es la *estulticia* (*Torheit*). Para entender lo que sucede con este quebranto, es necesario comprender que los impulsos de la naturaleza son los que mueven la voluntad, y cuando esos impulsos son muy fuertes, se convierten en pasiones (*Leidenschaften*). Cuando el hombre es impulsado por las pasiones, su entendimiento solo puede contribuir muy poco a guiar el comportamiento, ya que la persona se encuentra como encantada (*bezaubert*) y, aunque ve muy bien los inconvenientes de su pasión, no puede actuar en contrario. Así el *tonto* sacrifica lo que tiene valor a lo que no tiene valor, “por ejemplo la felicidad doméstica al brillo fuera de la casa”. “Tonto” no es propiamente un concepto ofensivo, incluso alguien lo puede decir de sí mismo; la estulticia no es falta de inteligencia, sino de sabiduría; el tonto puede ser también una persona de muy buen corazón (de hecho debe tenerlo, dice Kant, porque el concepto “tonto” es un calificativo suavizado) e incluso un excelente consejero para los demás, aunque sus consejos no sirven para él mismo. Tiene la razón como encadenada por una inclinación natural que puede ser buena en sí misma, pero él no puede ver las dañinas consecuencias de su estar sujeto a esa inclinación³⁴. En especial las pasiones del enamoramiento (*verliebte Leidenschaft*) y la codicia de honores (*Ehrensucht*) han hecho tontos a muchos seres humanos. La estulticia es falta de sabiduría y a juzgar por lo raro que es encontrar un sabio, todos debemos tener algo de tontos. El sabio, dice Kant, habrá que buscarlo, por ejemplo en la luna, donde tal vez no haya pasión y sí infinita razón³⁵.

Uno de los trastornos mentales más lamentables es el que padece el *necio* (*Narr*). En el caso del *tonto*, la pasión que encadena su razón puede ser buena en sí misma; el *necio*, en cambio, tiene la razón trastornada por una pasión aborrecible, y sus disparates llegan al extremo de ver como fines naturales aquello que es precisamente lo contrario. El tonto sí entiende la verdadera finalidad de su pasión; el *necio* en cambio es atontado por la pasión de tal manera que cree estar en posesión de lo que

apetece, cuando en realidad es despojado de ello. Nerón, señala Kant, que se expone a la burla pública leyendo versos miserables para ganar el premio de poesía, es un *necio*. Al tonto le falta, como vimos, sabiduría; al necio le falta inteligencia. Un tonto podría llegar a ser sensato (*gescheut*), pero es imposible hacer juicioso (*klug*) a un necio. La razón de ello es que en el tonto domina una inclinación natural, mientras que al necio lo domina un absurdo (*albern*) fantasma que lo trastorna. Esta enfermedad de la necedad puede ser provocada, dice Kant, ya sea por la arrogancia (*Hochmuth*) o por la avaricia (*Geiz*). El arrogante pretende sobresalir rebajando a los demás, lo cual no hace sino provocar la rechifla de los otros, rechifla con la que el presumido arrogante se siente, sin embargo, honrado. El avaro, por su parte, cree tener demasiadas necesidades y no poder prescindir de *nada* de lo que tiene, actitud que más bien lo lleva a prescindir de *todos* sus bienes porque, por su mezquindad, los confisca y los pone bajo llave. “Necio”, a diferencia de “tonto”, sí es un concepto ofensivo³⁶.

Grados intermedios de enfermedades mentales, que son objeto de compasión

A diferencia de los anteriores trastornos, que son motivo de la burla o el desprecio de los demás, los hay también que son motivo de compasión y para cuya atención la sociedad establece instituciones especializadas. Sus grados extremos son, como se expuso arriba, la *idiotez* o *cretinismo* por un lado y la *locura frenética* por otro. En el primer caso se trata, como vimos, de una debilidad o impotencia de la mente, más que de un trastorno. La *locura frenética* sí es un trastorno, y por cierto el máximo. Los grados menores de trastornos los subdivide Kant en tres grupos.³⁷

Trastorno de los conceptos de la experiencia: *Extravío* (*Verrückung*)

Esta dolencia se explica en buena medida por el sentido literal del concepto, ya que

verrückt significa “desplazado”, “removido”. El *loco extraviado* ve como reales objetos que no existen —no solo en estado de sueño, lo cual sucede a cualquier persona en estado espiritual saludable—, estando despierto³⁸. El *loco extraviado* delira (*Irrreden, delirium*) sin que haya razón médica (fiebre) para ello. Esta locura se presenta de distintas formas y en distintos grados. Es difícil, dice Kant, hacer “una división sistemática en lo que es esencial e incurable desorden”, pero la Antropología debe ocuparse también de estas perturbaciones³⁹. El *extravío* puede llegar a grados más avanzados, pasando por el *fantasioso* (*Phantast*), el fanático *soñador* (*Schwärmer*), hasta llegar al *hipocondríaco* (*Hypochonder*) que no solo construye quimeras en relación con la realidad exterior, como los anteriores, sino incluso con su propio cuerpo y alma. Un caso muy frecuente de *fantasioso*, pero que construye quimeras hacia el pasado y no hacia el futuro, es el de aquél que cree que todo tiempo pasado fue mejor, que en su juventud el mundo era más ordenado y la gente era mejor. Kant lo llama un “fantasioso del pasado”, o viejo gruñón (*bejahrte Murrkopf*)⁴⁰. En los casos anteriormente mencionados, los defectos no se encuentran propiamente en los juicios, sino en los conceptos, de los cuales se sirve el entendimiento posteriormente, por lo que la fuerza del entendimiento (*die Verstandeskraft*) no se encuentra necesariamente afectada. Estos enfermos pueden ser ayudados, si no a eliminar su mal, sí a aminorarlo; lo cual no es el caso de los trastornados que se mencionan a continuación⁴¹.

Trastorno del juicio (*Urteilkraft*) en relación con la experiencia:

Demencia (Wahnsinn)

Los trastornos del entendimiento, por el contrario, sí consisten en juzgar equivocadamente, incluso a partir de experiencias correctas. Es el caso de la *demencia (Wahnsinnigkeit)*. *Demente* es el que actúa contrariamente a lo que le indican la experiencia y el entendimiento, no porque no vea correctamente las cosas y los hechos, sino porque interpreta (*ausdeutet*) el comportamiento

ajeno a partir de un disparatado delirio (*ungeheimter Wahn*) que lo lleva a atribuirles a los demás toda clase de sospechosas intenciones que de seguro no han tenido. El *demente* cree que todo mundo se ocupa de él y conspira en su contra para fastidiarlo. Otra modalidad de demencia es la del arrogante (*hochmutig*) que interpreta como admiración las miradas burlonas de los demás. En ambos casos se trata de una interpretación equivocada de experiencias correctas.

Trastorno de la razón para emitir juicios más generales [que sólo los de la experiencia]: *Insania (Wahnwitz)*

Tenemos, por último, los trastornos de la razón: la *insania (Wahnwitz)*, caracterizada por un estado en el que se cree poseer las más extraordinarias facultades y ser capaz de las más refinadas intuiciones, que permiten, por ejemplo, interpretación de profecías y otras tonterías semejantes, dice Kant⁴². Quien padece esta enfermedad y, además, ignora los juicios de la experiencia, es un rematado que padece la *vesania (Aberwitz)*: ese se inventa sus propios principios, concibe lo inconcebible, puede descubrir la cuadratura del círculo y “el misterio de la Trinidad”. Es autosuficiente y “el más pacífico de los moradores del manicomio”⁴³. No carecer de los juicios de la experiencia, pero ser insensible a las sensaciones exteriores, es un estado de *amencia (Unsinnigkeit)*, en el cual las personas son incapaces de conectar representaciones que hagan siquiera posible la experiencia, y mezclan en lo que dicen tanta imaginación que se hace imposible entender lo que quieren decir. Cuando la amencia va acompañada, además, de ira, se llama *paroxismo (Raserei)*.

Kant concluye su escrito *Versuch über die Krankheiten des Kopfes* señalando que las ha llamado “enfermedades de la cabeza”, así como se llama “enfermedades del corazón” a las de la voluntad. Advierte también que ha descrito solo las apariencias de estas dolencias, sin escudriñar sus raíces, las cuales —dice— se encuentran en el cuerpo, específicamente en el aparato digestivo, más que en el alma. Afirma que no está convencido de que los trastornos del ánimo se deban a abusos de

las fuerzas del alma (*Seelenkräfte*) como generalmente se dice. Le parece más bien que hay en esta opinión una confusión de causas y efectos, siendo más bien que las enfermedades del ánimo se originan paulatinamente en el cuerpo.⁴⁴

En estado de naturaleza el hombre comete muy pocas imprudencias y difícilmente algunas tonterías. Él se mantiene permanentemente ligado a la experiencia, y apenas nota que le pueda hacer falta el entendimiento para actuar. De manera que es en la sociedad civil donde encontramos el fermento (*Gährungsmittel*) de todos los males que se han venido describiendo, ya que, aunque no los produzca directamente, sí los alimenta y los aumenta. El entendimiento, en cuanto alcanza para atender las necesidades y las satisfacciones sencillas de la vida, es un *sano entendimiento* (*gesunder Verstand*); pero el que se requiere en la complejidad, sea del placer o de la ciencia, es el *fino entendimiento* (*feine Verstand*), el cual no es necesario al hombre cercano a la sencillez de la naturaleza⁴⁵.

Notas

1. Contenidos en *Versuch über die Krankheiten des Kopfes* (1764) y en *Anthropologie in pragmatischer Hinsicht* (1798), ambos textos en: *Kants Werke*, Akademie Textausgabe, Berlin, Walter de Gruyter & Co., 1968, tomos II y VII respectivamente. En adelante, estas y otras obras de Kant de la Akademie Textausgabe se citarán indicando solamente el título, el número de tomo y la página. En el caso de la "Antropología" la exposición se hará siguiendo por lo general la edición en español: *Antropología en sentido pragmático*, Madrid, Alianza, 1991, traducción de José Gaos; sin embargo, en algunos casos el autor de este ensayo se separará de la traducción de Gaos y hará su propia traducción. En lo que se refiere a *Versuch über die Krankheiten des Kopfes* y otras obras de Kant, toda la traducción es del autor de este ensayo. Para mayor fidelidad se indican entre paréntesis, cuando parezca aconsejable, los términos que utiliza Kant en alemán. Cuando se haga referencia a la traducción española de Gaos, se indicará solamente: Kant, *Antropología*, número de página.
2. Borowski, Ludwig Ernst: *Darstellung des Lebens und Charakters Immanuel Kants*, Jachmann, Reinhold Bernhard: *Immanuel Kant geschildert in Briefen an einen Freund*, y Wasianski, Ehrengott Andreas Christoph: *Immanuel Kant in seinen letzten Lebensjahren*, todos contenidos en: Drescher, Siegfried (Hrsg.): *Wer war Kant?*, Pfullingen, Verlag Günther Neske, 1974.
3. Jachmann, *op. cit.*, 175, 181.
4. Borowski, *op. cit.*, 85 y Jachmann, *op. cit.*, 167.
5. Borowski, *op. cit.*, 85 y Jachmann, *op. cit.*, 141.
6. Jachmann, *op. cit.*, 150, 158.
7. Cf. Paul Mercier, *Historia de la antropología*, Barcelona, Edic. Península, 1976, 3ª. ed., 11, 23.
8. Cf. M. Harris, *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*, Madrid, Siglo XXI, 1982, 3ª. ed., 7.
9. *Id.*, 31ss., 73s.
10. R.E. Brennan, O.P.: *Historia de la psicología, según la visión tomista*, Madrid, Ediciones Morata, 1969, 108s. Prólogo de Jacques Maritain [Enfoque aristotélico-tomista-católico].
11. George S. Brett, *Historia de la Psicología*, Buenos Aires, Paidós, 1963, 16.
12. *Id.*, 403.
13. Se entiende en todos los casos, obviamente, "ser humano" (*Mensch*).
14. Kant, *Grundlegung zur Metaphysik der Sitten*, IV, 417.
15. Kant, *Kritik der reinen Vernunft*, III, 520.
16. Kant, *Von den verschiedenen Rassen der Menschen*, II, 443.
17. Kant, *Kritik der reinen Vernunft*, III, 523.
18. Kant, *Antropología*, 177.
19. *Id.*, 17s.
20. *Id.*, 37ss. Gaos traduce *Stoff* como "materia", lo cual no parece correcto porque puede inducir a confusión, y *schimmernde Armseligkeiten* como "miseros oropeles".
21. *Id.*, 110.
22. *Id.*, 52ss.
23. Gaos traduce "...allein dem Menschen dieses Organ..." como "...al hombre sólo este órgano...", lo cual obviamente no es lo mismo.
24. Jachmann, *op. cit.*, 208.
25. Kant, *Antropología*, 172.
26. *Id.*, 75.
27. *Id.*, 220: Las Gracias, hijas de Venus y Baco, eran tres: Aglaé, Talía y Eufrosina; las Musas, diosas que presidían las Artes y las Ciencias, eran nueve hijas de Júpiter y Mnemosina: Callíope, Clío, Erato, Euterpe, Melpómene, Polimnia, Terpsícore, Talía y Urania (C. Gaytán: *Diccionario Mitológico*, México, Diana, 1967, 3ª. ed.).
28. *Id.*, 223 s.

29. Traduciremos *Tollheit* y *Verrücktheit*, ambas como "locura", al igual que hace Gaos. Sin embargo, para diferenciarlas mejor, llamaremos a la primera "locura frenética" ya que el frenesí, arrobamiento o embeleso es esencial en ella; la segunda la traduciremos como "locura extraviada" ya que hay en ella, como Kant lo indica expresamente, un "desplazamiento" o "remoción" del entendimiento, que es lo que literalmente significa "verrückt".
30. Kant, *Versuch über die Krankheiten des Kopfes*, II, 263.
31. Kant, *Antropología*, 131.
32. Kant, *Versuch über die Krankheiten des Kopfes*, II, 268.
33. Kant, *Antropología*, 122, 129.
34. Vid. Kant, *Versuch über die Krankheiten des Kopfes*, II, 261 y *Antropología*, 129.
35. Kant, *Versuch über die Krankheiten des Kopfes*, II, 262.
36. Vid. Kant, *Versuch über die Krankheiten des Kopfes*, II, 262 s. y *Antropología*, 129.
37. Kant, *Versuch über die Krankheiten des Kopfes*, II, 263 ss.
38. *Id.*, II, 265.
39. Kant, *Antropología*, 133 s.
40. Kant, *Versuch über die Krankheiten des Kopfes*, II, 267.
41. *Id.*, 270. En *Antropología*, 134 ss., también se refiere Kant a las dolencias que aquí vamos a describir. Allí divide la *locura de extravío* en tres tipos: 1. la tumultuosa (*amencia*), 2. la metódica (la *demencia* y la *insania*—ésta metódica fragmentaria—) y 3. la sistemática (*vesania*).
42. *Id.*, 268.
43. Kant, *Antropología*, 136.
44. Kant, *Versuch über die Krankheiten des Kopfes*, II, 271.
45. *Id.*, 269.